



JENNY-MAI NUYEN

Los
Hijos
de
Ahjris

SERIE INFINITA

Los
Hijos
de
Ahiris

JENNY-MAI NUYEN

montena

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Das Drachen Tor*

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori/ Judith Sendra

Publicado por acuerdo con Ute Korner Agencia Literaria, S. L.

www.uklitag.com

Primera edición: octubre de 2010

© 2007, Jenny-Mai Nuyen, por el texto

© 2007, bei cbt/cbj Verlag, München in der Verlagsgruppe Random House GmbH

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Beatriz Galán Echevarría, por la traducción

Ilustración de la cubierta © Anne Stokes

© 2007, Jenny-Mai Nuyen, por el mapa y las ilustraciones a principio de cada capítulo

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 987-84-8441-554-1

Depósito legal: NA-2244-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

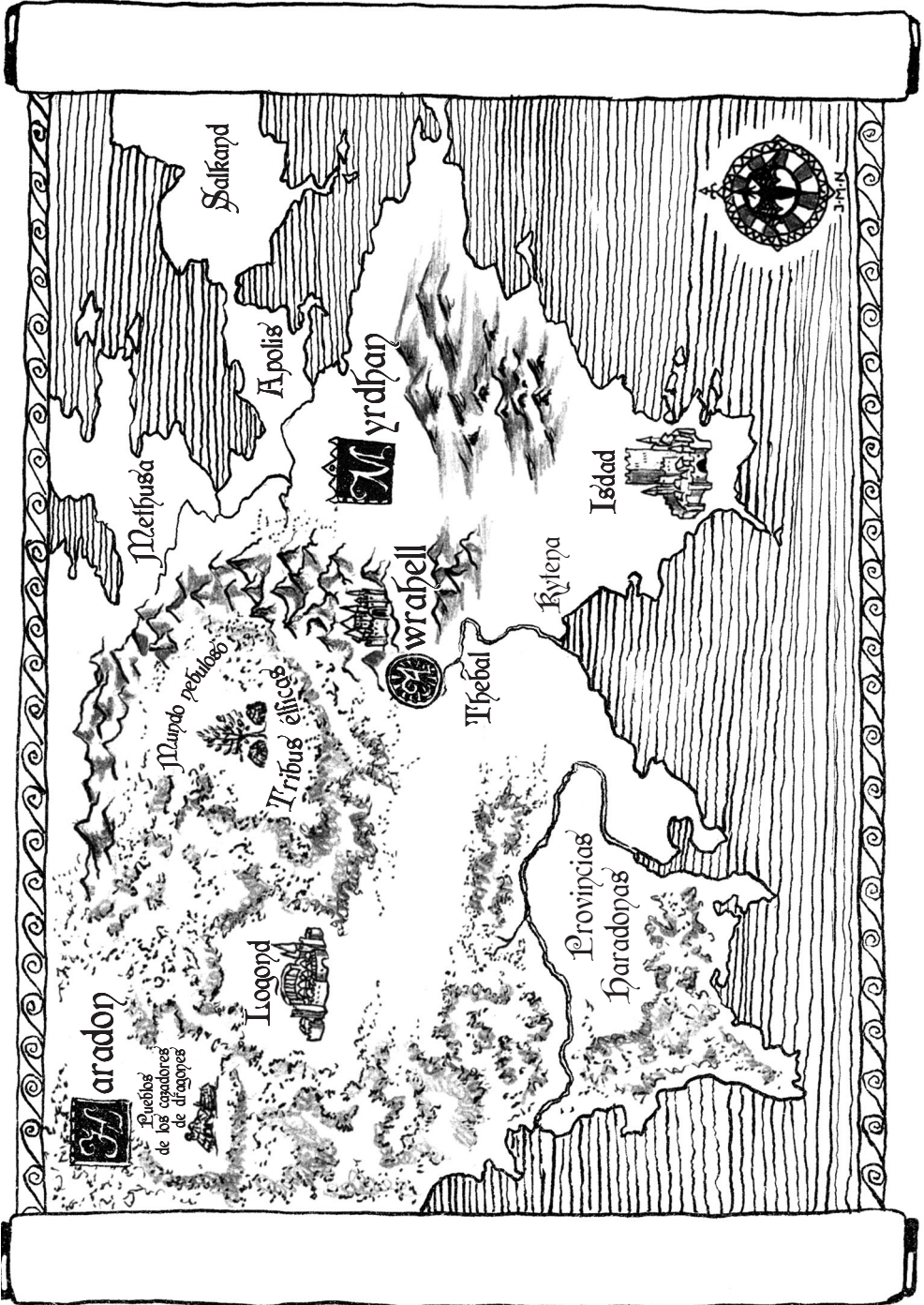
Impreso y encuadernado en Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GT 1 5 5 4 1



Prólogo

Desde hacía semanas no había parado de llover un solo día. De todas partes surgían riachuelos y se formaban charcos. Los guerreros se hundían en el barro hasta los tobillos. Aquel era el primer día sin lluvia. Aun así, el cielo seguía cubierto: en el horizonte, pesadas columnas de nubes se cernían amenazadoras, e hilos de humo manaban de la tierra. El viento azotaba todo y rugía entre las filas de los guerreros.

Cientos de miles de guerreros permanecían en silencio. Banderas multicolores ondeaban al viento. Una niebla espesa se levantaba entre los dos frentes.

De ambos ejércitos se destacaron dos carros, tirados por impresionantes dragones. Al girar, sus ruedas, bellamente ornamentadas con imágenes de batallas gloriosas y radiantes reyes solares, se hundieron en el barro. Los dos carros se encontraron en mitad del campo de batalla, y sus conductores detuvieron a los dragones cuando estuvieron el uno frente al otro. Inquietos, los animales empezaron a sacudir violentamente la cabeza. De sus ollares salía un vapor cálido, y sus alas, que parecían hechas de cuero, estaban firmemente atadas a sus cuerpos alargados para que no salieran volando de allí. Solo las puntas de sus alas se contraían y se removían bajo las correas de cuero.

Uno de los conductores se quitó el casco. El otro apenas pudo reconocer su larga melena destellando entre la niebla como un halo de luz mientras también se quitaba el casco. Su melena negra estaba recogida en desordenados mechones de pelo, de modo que dejaba a la luz sus facciones angulosas, su tez morena y la profunda cicatriz de su mejilla derecha.

—¡Retira a tus hombres de nuestro país! —exigió el moreno.

El grito del rey de los myrdhanos resonó en la niebla. El dragón que tiraba de su carro resolló y golpeó el suelo con la cola, pero el conductor asió las riendas con más fuerza, entornó los ojos y aguzó el oído a la espera de una respuesta.

—¡Vosotros sois quienes nos habéis provocado! —gritó el de la melena rubia. Tenía la voz amenazadora y decidida de un joven en plena flor de la vida—. Basta ya de insolencias. ¡Las zanjaremos aquí y ahora! —Se oyeron gritos de alegría a sus espaldas—. ¡Haradonos contra myrdhanos, de una vez por todas! ¡Mis guerreros contra los vuestros, nuestro coraje contra el vuestro, la fuerza de las espadas de Haradon contra la fuerza de vuestras piedras!

—Ansiosos esperamos con furia vuestras espadas, mas no serán piedras lo que dirijamos contra vosotros, ¡sino la fuerza de toda Myrdhan!

Los gritos de júbilo retumbaban en el aire mientras los dos reyes se daban la espalda, regresaban hacia sus tropas y desaparecían tras sus muros de carne y metal.

El sonido agudo de dos cornetas apagó por un instante el vocerío. Resonó brevemente en los oídos de los guerreros antes de que estos enmudecieran con la misma contundencia con la que habían empezado a gritar. Reinó de nuevo el silencio. Los hombres miraron al cielo con esperanza, pero solo las banderas ondeaban al viento.

Fue entonces cuando sobre ambos ejércitos planearon unas sombras. Unas alas se recortaron en la niebla como si de cuchillas negras se tratara. Pertenecían a unos dragones montados por jinetes a los que les costaba mucho mantenerse en el aire, elevándose y descendiendo en picado como si montaran olas invisibles.

En cuanto el ejército enemigo quedó cerca, estallaron chispas en lo alto. Segundos después, una lluvia de flechas en llamas cayó sobre los guerreros, como si los dragones hubiesen escupido fuego.

Se oyeron órdenes imperiosas, y los escudos se alzaron en un único y amplio movimiento. Gritos de temor rasgaron el silencio allí donde los proyectiles atravesaban la barrera protectora de los escudos. Sobre el campo de batalla, los dragones de ambos reinos empezaron a trazar círculos en el aire, en lo que constituía una especie de combate entre los guardianes del viento. Solo después, el ejército vencedor caería sobre el enemigo.

Las descargas de flechas susurraban en la niebla mientras se clavaban en los cuerpos de hombres y animales. El aire temblaba con los pesados aletazos y se estremecía con los alaridos de los dragones. Las flechas alcanzaron también a los jinetes, abatiéndolos de sus monturas. Si el campo de batalla se había visto oscurecido por la presencia de los animales, ahora iba despejándose a medida que los dragones iban cayendo al suelo derribados.

Entonces se oyeron gritos de guerra en ambos bandos. Los soldados empezaron a golpear los escudos con sus lanzas cada vez más rápido y más fuerte hasta hacer temblar la tierra, y, en mitad del fragor de las armas, se abalanzaron los unos sobre los otros. En las primeras filas los guerreros iban al galope de dragones con las alas atadas. Espoleándolos y dándoles pequeños latigazos para que saltaran distancias insalvables para el hombre. Las flechas de fuego llovían sobre los ejércitos, y los dragones alcanzados caían como sombras desde lo alto.

Myrdhanos y haradonos por fin se encontraron en una confusión de ruido, metal y sangre.

Al caer el día, los haradonos se alzaron con la victoria.

LA GUERRA



La partida

Era época de lluvias, y se veía cómo pesadas nubes pendían sobre las tierras montañosas. Los vientos del norte que llevaban impregnado el olor a nieve recordaron a Alasar que el invierno estaba a punto de llegar. Sintió un repentino escalofrío y se ciñó aún más el chaleco de piel. Los comerciantes solían aprovechar el otoño para viajar de pueblo en pueblo con el fin de vender leña procedente de los bosques del norte. Destacamentos cargados de troncos hasta los topes hacían su entrada en los pueblos, y los niños salían a su paso de sus cabañas bailando junto a la fragante madera al son de la música que entonaban, para pedirles a cambio trocitos de leña con los que tallar muñecos y dragones, mientras admiraban a los animales de carne y hueso que tiraban de sus carros. Desde que Alasar tenía uso de razón, se repetía el mismo ritual antes de cada invierno.

Miró hacia el horizonte. Lentamente la oscuridad daba paso a la luz del día. A pesar del frío, continuó inmóvil en su puesto de centinela, oteando en la distancia. Allí arriba, sobre el peñasco, había pasado las mañanas de los últimos doce días, esperando la indolente llegada del amanecer.

Alasar inspiró profundamente y olfateó el viento como los lobos esteparios que merodeaban por los alrededores todas las noches. Le

pareció que el viento arrastraba un olor a fuego y a carne quemada que solo él podía percibir.

Vacilantes, casi a regañadientes, se abrieron paso entre las nubes los primeros rayos de sol. Entre decepcionado y aliviado, comprendió que se había hecho de día sin que su guardia hubiera merecido la pena. En el estado de guerra en el que se encontraba ya no esperaba la llegada de los madereros, sino la de su padre y la de los padres de los demás niños que dormían en el pueblo. Excepto los más pequeños y los ancianos, que no estaban en condiciones de luchar, el resto había desaparecido en el horizonte, rumbo al norte, hacía doce días. Incluidas las mujeres y los chavales de hasta trece años; todo aquel que se sintió capaz de sostener una lanza y arrojar una piedra salió a defender Myrdhan. Los hombres lucharían a la cabeza del ejército, las mujeres se quedarían al acecho, armadas con arcos y flechas, y los jóvenes se mantendrían ocultos para recibir a pedradas a cualquier agresor que alcanzara su campamento.

A Alasar también le habría gustado ir, aunque fuera con los chavales de trece años, a pesar de que estaba seguro de que se las habría arreglado igual de bien entre los hombres en mitad del campo de batalla. Pero solo tenía once años y era de complexión delgada y enclenque, y su rostro anguloso era inconfundiblemente myrdhano.

Resignado, respiró profundamente. Sus padres seguían, pues, en la guerra, así como sus dos hermanos, Ganem y Vasir, por los que no sentía ningún cariño, ya que siempre se reían de él y nunca le tomaban en serio, aunque él valía mucho más que los dos juntos.

Respiró hondo de nuevo y se dio la vuelta para descender por las rocas que conducían hasta el poblado, pero en cuanto puso un pie en la primera piedra le asaltó la extraña tentación de mirar una vez más, pues sintió un miedo agudo en la nuca como jamás había sentido. Y volvió de golpe la cabeza. El viento rugía en sus oídos y jugueteaba con sus hirsutos mechones de pelo alborotándolos. Tardó unos segundos en verlo.

Un dolor intenso le recorrió el cuerpo. Resbaló y cayó de la piedra, pero se levantó de inmediato. ¿Acaso se equivocaba? Ojalá fuera un error, mas no lo era.

En la distancia, vio una masa de puntos negros centelleantes deslizando hacia donde se encontraba él. La mirada de Alasar se desplazó por la creciente marea, pero no vio las banderas rojas de los myrdhanos. Aquellos no eran sus padres, ni los padres ni los hermanos de la gente de los pueblos vecinos.

El ejército que se abría paso pertenecía a los haradonos. ¡Los myrdhanos habían perdido la batalla!, lo cual significaba que los padres de Alasar y todos los demás... Un pánico febril borró de su mente aquellos pensamientos. Mientras descendía por las rocas temblando de miedo, se lastimó las manos y se hizo varios rasguños en las rodillas y los codos con los cantos de las piedras antes de salir a campo abierto. Corrió hacia el pueblo tan rápido como pudo sin detenerse a pensar en el dolor de sus miembros. Las estacas de madera que rodeaban el recinto a modo de muralla le parecieron irrisorias, en comparación con la oscura marea de guerreros que se dirigía hacia la población.

—¡Alerta, alerta!

Todos los chiquillos salieron corriendo de sus cabañas, algunos en brazos de sus abuelos, que casi parecían más asustados que los niños.

—¡Los haradonos! —chillaba Alasar, abriendo una puerta detrás de otra hasta que todos se enteraron de la noticia y se reunieron en la plaza.

Alasar se precipitó en su cabaña. Había imaginado aquella escena miles de veces en los últimos doce días y, pese a los frenéticos latidos de su corazón, sintió cierto sosiego. La pequeña choza seguía oscura como la había dejado antes de salir de guardia. Tan solo los restos de unas brasas centelleaban bajo la caldera en el fogón.

—¿Alasar? —preguntó una frágil voz.

Corrió hasta la cama en la penumbra y cogió las manos de su hermanita.

—No tengas miedo, Magaura. Ahora tenemos que irnos, como te dije. ¿Lo recuerdas?

Ella asintió pensativa.

—Dejarlo todo y salir corriendo, eso dijiste.

Alasar asintió también.

—Exacto. No te pasará nada si no te separas de mí.

—No lo haré —susurró Magaura.

—Vamos.

La sacó de la cama y le puso los leotardos, el vestido y la capa, sin dejarse vencer por el miedo que le empujaba a hacerlo todo con más rapidez de lo habitual. Después se estiró en el suelo y metió una mano bajo la cama para sacar un fardo que había preparado en secreto cuando los adultos abandonaron el pueblo, y que contenía agua, tocino, pan y una navaja grande. Se puso el fardo bajo un brazo y, cogido de su hermanita de la otra mano, abandonaron la casa. Alasar no miró atrás, consciente de que nunca volverían a pisar la cabaña que los vio nacer y crecer. Pero aquella certeza solo refulgió en su mente, no en su corazón.

En la plaza del pueblo había cundido el pánico. Los niños lloraban, abrazados a los desorientados ancianos, algunos de los cuales intentaban cerrar las puertas de la muralla.

Alasar se dirigió con paso firme al centro de la plaza.

—¡Escuchadme! —gritó—. ¡Escuchadme y dejad de lloriquear!

Cuando los sollozos remitieron ligeramente, Alasar se dirigió a los ancianos que estaban cerrando las puertas.

—¡Dejad eso, es absurdo! ¿Acaso creéis que las puertas lograrán contener a los haradonos? Debemos abandonar el pueblo. Sé dónde podemos estar a salvo.

—Pero ¿qué estás diciendo, chiquillo? ¿Quieres que nos lancemos a los brazos de los haradonos? ¿Dónde estaremos más a salvo que aquí? —le replicaron.

Alasar esperó unos segundos totalmente indignado, mientras los demás le insultaban. Y al cabo de un rato continuó con determinación, como si nadie hubiese puesto en duda sus palabras:

—Nos esconderemos en el interior de las rocas. Conozco todas las cuevas de los alrededores. Coged provisiones. Abandonaremos el pueblo y cerraremos las puertas. Cuando los haradonos lleguen aquí, esperaremos a que entren en el pueblo. Entonces nos deslizaremos hasta la muralla desde fuera, y les prenderemos fuego.

A pesar de que fueron esas sus palabras, sabía que no sucedería así. La inmensa marea del horizonte engulliría el pueblo antes de que ellos, una minúscula fracción, lograran entrar en él.

—¿Quieres que prendamos fuego a nuestro pueblo? —exclamó un anciano, cuya voz ahora sonaba más titubeante.

—El chico tiene razón —admitió una anciana mientras intentaba reabrir las puertas—. Marchémonos ahora, y sorprendamos después a los haradonos. Permanecer aquí dentro encerrados será una trampa mortal.

Algunos empezaron a ayudarla a abrir las puertas, mientras otros protestaban con más fuerza aún.

—¡No podemos abandonar el pueblo! ¿Qué será de nuestras cosas si los haradonos arrasan con todo? —gritó un chico de la edad de Alasar.

—Podéis venir conmigo o quedaros aquí —dijo Alasar—, pero todo aquel que se quede no sobrevivirá a esta noche.

Los pequeños rompieron a llorar, muertos de miedo. Muchos se abrazaron a Alasar, que parecía completamente ajeno al pánico general.

Hicieron acopio de cuantas provisiones, velas y antorchas fueran capaces de transportar y se reunieron ante las puertas abiertas de la aldea. Alasar y Magaura se pusieron a la cabeza de la comitiva de niños y ancianos. Tres mujeres embarazadas quisieron unirse a ellos, no sin antes preguntar una de ellas:

—¿Y estás seguro de que podremos escondernos en las rocas?

Antes de que Alasar pudiera responderla, su hermana Magaura se le adelantó:

—Mi hermano conoce las cuevas mejor que nadie. Sabe dónde se encuentran la sal, las fuentes y los murciélagos.

Las mujeres asintieron en silencio, mientras Magaura sonreía satisfecha de haber demostrado a Alasar que se acordaba de las historias que tantas veces le había explicado.

No todos abandonaron el pueblo: un grupo de niños, ancianos y mujeres embarazadas se quedó en él cerrando las puertas de madera desde dentro.

Alasar no podía evitar volver la vista atrás hacia la larga comitiva formada por niños con expresión asustadiza y ancianos que le seguía. En el fondo de su corazón siempre había sabido que algún día lideraría las masas, aunque jamás pensó que su convicción fuera a materializarse tan pronto, y menos aún en una situación de peligro semejante.

—¿Papá y mamá volverán? —preguntó Magaura, que iba dando pasos cortos y apresurados a su lado.

Alasar la miró con preocupación. Tan inocente, y ya tenía que pagar por la derrota de sus padres...

—Ellos... ¿Sabes?, todavía no van a volver.

—¿Y cuándo lo harán?

—En cuanto lo sepa, te lo diré. Mientras tanto, yo estaré a tu lado, ¿vale? —Se obligó a sonreír a su hermana, y Magaura bostezó, despreocupada.

Alasar condujo a su comitiva hacia los desfiladeros y las montañas de piedras que se habían formado entre los cerros, escogiendo los caminos más recónditos por miedo a que el ejército haradono los sorprendiera. Hasta que llegaron a unas enormes losas inclinadas entre las que se habían abierto pasillos y agujeros naturales.

Los niños, ancianos y mujeres siguieron vacilantes a Alasar, inmersos en la oscuridad. Ninguno de ellos se había interesado por las cuevas, pero a él le gustaban la oscuridad, el sonido del agua borboteando en las rocas, y la soledad, capaz de disipar la consciencia del tiempo.

Una vez en las rocas, encendieron las antorchas y empezaron a descender. Alasar conocía cada piedra de la zona, razón por la cual se adelantó al resto con presteza, ayudando a las embarazadas y a los más pequeños a avanzar. Los habitantes del pueblo se quedaron boquiabiertos ante la visión de las cuevas, grutas y lagos subterráneos. Alasar condujo a su pueblo de una gruta a otra por un laberinto de pasillos tan perfectos que parecía que fueran obra divina. Los niños pronto olvidaron su miedo y comenzaron a bailar alrededor de las

afiladas piedras del suelo, a saltar sobre los charcos, en los que se veían cangrejos semitransparentes deslizándose de un lado al otro, y a jugar a escuchar los distorsionados ecos de sus voces que les devolvían aquellas grutas altas y abovedadas.

Alasar se dejó aconsejar por los ancianos y las mujeres sobre el mejor lugar en el que asentarse y, en cuestión de segundos, montaron un campamento con las pieles que habían llevado consigo. Cerca de allí encontraron un estrecho pasillo que se convertiría en su despensa, y, justo al lado, una zona seca para las antorchas, el sebo para las velas y las armas. Los niños también se implicaron en los preparativos: fijaron las antorchas en las paredes, llenaron los cubos de agua para poder beber y cocinar, y encendieron una hoguera para combatir la fría humedad de la gruta. Una vez acabaron, fueron a inspeccionar el resto de las cuevas circundantes.

Más tarde, Alasar los dejó allí y salió al exterior. El cielo había oscurecido. El chico trepó por las rocas, se tiró al suelo y, conteniendo la respiración, observó cómo avanzaba el ejército haradono. Todo sucedió como había supuesto: su pueblo fue engullido por una estridente marea negra de hombres armados hasta los dientes.

En cuestión de minutos, una turba aterradora de hombres se apoderó del lugar que le había visto nacer. Alasar ya había presenciado antes una cosa parecida, una primavera de hacía varios años, cuando un millar de hormigas royeron ante sus ojos un sapo vivo.

Después se hizo el silencio. Los trepidantes pasos del ejército se reordenaron. El fulgurante enjambre de hombres siguió su camino satisfecho. El pueblo ardía en llamas sacudido por el frío viento del atardecer. Aquella imagen, junto al sonido de los gritos cada vez más débiles, cada vez más apagados, se grabó para siempre en la memoria de Alasar, que, incapaz de incorporarse, permaneció echado en el lugar desde donde presenció la devastación de su pueblo.

Hija de la paz

Como le ocurría desde hacía tiempo, Ardhes se despertó al amanecer, en plena oscuridad, sobresaltada por un sueño. Se incorporó en la cama muerta de miedo, no sin antes observar durante unos segundos su habitación, hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz irregular de las antorchas y estuvo segura de que no acechaba ningún monstruo en la penumbra. En un colchón junto a su cama, su nodriza, Candula, dormía con la boca abierta sin dejar de roncar. Pese a ser alta y corpulenta, estaba enroscada de tal modo que parecía más bien menuda. Llevaba muchos años trabajando de sirvienta y había aprendido a comportarse con la mayor discreción posible, incluso cuando dormía. Lo único que no había podido esconder eran sus ronquidos, pues no era consciente de ellos y Ardhes nunca se lo había dicho. De saberlo, Candula intentaría aguantar la respiración y acabaría mareándose o perdiendo el conocimiento.

Además, a Ardhes no le molestaba que Candula lidiara todas las noches con el aire que expulsaba de aquel modo tan estrepitoso, sino todo lo contrario: el ruido le recordaba que no estaba sola. El castillo de sus padres era demasiado grande, y a menudo se sentía triste y abandonada entre sus inmensas paredes de piedra.

Pasó un rato sentada en la cama observando las cortinas blancas de su balcón, que se mecían levemente con el viento. Todo parecía estar tranquilo, aunque Ardhes sabía que no era más que un espejismo. El castillo llevaba semanas sometido a una gran tensión. El servicio parecía más silencioso que de costumbre, los soldados habían dejado de contar chistes groseros, y su madre se comportaba de un modo insólito. Ardhes conocía la razón de todo aquello: haradonos y myrdhanos estaban en guerra, y su madre, prima del rey haradono, estaba tan preocupada y su ambición era tan grande que no lograba conciliar el sueño. Si Haradon vencía, Awrahell también saldría beneficiada, pero si Haradon perdía, Awrahell quedaría a merced de los bárbaros myrdhanos.

Tras dudar unos momentos, Ardhes decidió levantarse. Se enfundó los pies en sus zapatillas y se puso el vestido sobre el camisón no sin dificultad, porque normalmente era Candula quien la vestía. Pasó junto a ella, que seguía durmiendo, y salió al balcón, desde donde tenía unas vistas impresionantes de su país.

Las colinas rocosas y los desfiladeros de Awrahell se extendían hasta el horizonte, donde el cielo empezaba a teñirse de un azul metálico. Era un paisaje árido y yermo, sin apenas matices verdes, pero, a los ojos de su joven princesa, la ciudad de Awrahell era bella y majestuosa, un reino que parecía un océano convertido en piedra en plena tormenta, al mismo tiempo que un reino que se extendía sobre la superficie de la tierra como un papel fino y arrugado.

Ardhes se recogió el vestido y el camisón para bajar por las escalera, cuyos peldaños se apoyaban en la pared externa de la gran torre en la que se encontraban sus aposentos y conducían a una entrada del muro de defensa que quedaba al oeste del castillo. Los guardias que había apostados en la puerta miraron atónitos a Ardhes al verla tan torpemente vestida y con tantas prisas antes de despuntar el alba.

En el vestíbulo confluían numerosos pasillos y escaleras. Con paso firme, enfiló uno de los corredores más largos hasta bajar por una escalera y encontrarse frente a una puerta grande y curvada que le abrieron dos guardias. No les sorprendió que la princesa apareciera allí a aquellas horas de la mañana. De hecho, Ardhes solo visitaba a su padre al amanecer, a no ser que hubiese una ceremonia o una recepción oficial, lo cual sucedía en contadas ocasiones.

Ardhes entró en un amplio aposento en el que había una chimenea encendida, a pesar de que los otoños en Awrahell eran cálidos y agradables. La regia cama con dosel estaba vacía y las sábanas intactas, pues el rey, que no se había acostumbrado a las camas, nunca dormía allí. En lugar de ello, se estiraba en el balcón a cuyos pies se extendía el país. Ardhes salió fuera. Desde ese lado del castillo se veía el horizonte por el norte, y en el oscuro firmamento aún refulgían las estrellas.

—¿Padre?

Ardhes rozó delicadamente la blanca piel sobre la que yacía su padre con los brazos extendidos. Este abrió los ojos y los clavó en su hija sin necesidad de moverlos un solo milímetro, como si la hubiera estado esperando.

—Buenas noches y buenos días, pequeña Ardhes-*ayen*.

—No deberías llamarme así. Mamá no quiere.

El rey se incorporó, con lo que una melena canosa le cayó sobre los hombros como una cascada de plata. Aun así, su rostro parecía joven, en sus ojos apenas había arrugas y apenas tenía suaves líneas de expresión. Sea como sea, para una chiquilla de diez años todo aquel que no era un niño parece irremediabilmente mayor, por lo que jamás se había detenido a pensar en cuán contradictorios resultaban el pelo blanco y el joven rostro de su padre.

—¿Y por qué no puedo llamarte Ardhes-*ayen*, mi querida Ardhes-*ayen*?

El rey frunció su pálida frente, y Ardhes lo observó con atención, sorprendida de que la expresión de su cara pudiera cambiar tanto.

—Ya lo sabes —le respondió—. Es...

—¿Élfico?

Su padre sonrió, Ardhes no sabía si de tristeza o por pura diversión. En realidad, quizá ni el propio rey lo supiera.

La pequeña asintió.

—Bueno, pero es que tú eres mitad élfica, *san alyúren*, hija mía. ¿Por qué no he de poder pronunciar el apodo élfico para tu nombre humano?

Ardhes se mordisqueó el labio inferior y reflexionó sobre aquello. Después se arrodilló y se acercó a su padre, que dobló las piernas para hacerle sitio.

—Me he despertado a medianoche, padre —dijo cambiando de tema—, con la sensación de que esta noche sucederá algo, si es que no ha sucedido ya.

El rey la observó con una misteriosa sonrisa dibujada en su cara. Después extendió el brazo y le tocó la punta de la nariz.

—*San alúren, danuh a yor eliam mior nahéd táloree elyén mior...*

—No te entiendo.

—¿Ya no recuerdas mi lengua? —La voz del rey sonó débil, como un susurro.

—No.

El rey suspiró.

—He dicho que hay mucho de mí en ti.

Ardhes pensó en lo que le decía siempre su madre: que no se parecía nada a su padre. Efectivamente, el rostro que Ardhes observaba reflejado en el espejo no tenía nada que ver con el del rey. Su padre tenía los ojos azules y tristes, mientras que los de Ardhes eran oscuros y serenos, apenas expresivos. Además, ella tenía el pelo rubio, casi blanco, y una nariz pequeña que le salía directamente de la frente. Su boca también era pequeña y sus labios tenían una expresión de eterna obstinación. Incluso sus orejas eran totalmente redondas, completamente distintas de las de su padre, tan puntiagudas. La verdad es que no se parecía en nada al rey, cuyo rostro era el vivo reflejo del sol.

—Sientes cosas, ¿no es así? —observó el rey, que conocía perfectamente la respuesta—. ¿Lo ves? En tu interior tienes parte de mí y de tu pueblo.

Ardhes quiso decirle que se equivocaba, que el pueblo de él no era el pueblo de ella, pero se ahorró aquel comentario —que, por otra parte, su madre no dejaba de repetirle—, porque tenía ganas de saber lo que su padre quería contarle. Al fin y al cabo, esa era la razón por la que había ido hasta su aposento.

—Yo también tengo esa sensación, Ardhes—*ayen*. —Durante unos segundos miró a las estrellas como si él también hubiese sido una en el pasado—. Los haradonos han ganado su terrible guerra humana. Y seguirán siendo los vencedores, mientras sigan estando seguros de su victoria. Pero con el paso de los años no habrá vencedores.

Miró a Ardhes con su sabiduría característica, y, una vez más, ella no supo si su mirada transmitía esperanza o la más absoluta de las derrotas.

—El vencedor de hoy será el perdedor de mañana; quien hoy vive estará muerto dentro de unos años; quien reina hoy será relegado al olvido —añadió.

Ardhes no respondió, aunque las palabras de su padre la dejaron desconcertada. En cualquier caso, ¿qué podría haber dicho? Su padre siempre decía frases enigmáticas.

Miró las estrellas, que ya casi habían desaparecido en la luz del amanecer, y se le ocurrió preguntarse si su padre habría sido en algún momento una estrella. Parecía mucho más cercano a un mundo evanescente e irreal que a los aposentos de un palacio en guerra y, por si fuera poco, de un palacio en el que reinaba una mujer del carácter de Jale.

Cuando Ardhes regresaba a su cuarto Candula le salió al encuentro. La anciana nodriza ni siquiera había tenido tiempo de recogerse el cabello, que rodeaba su rollizo rostro como si fuera un revoltijo de paja.

—¡Princesa! —exclamó casi sin aliento—. ¡Princesa Ardhes! ¡Su madre la requiere inmediatamente en sus aposentos!

A Ardhes no le sorprendió nada que su madre la llamara a aquellas horas tan intempestivas, y menos aún tras haber oído decir a su padre que los haradonos habían ganado la guerra, así que con paso tranquilo se dirigió a su habitación.

—Está bien, Candula, vísteme.

La nodriza sacó un vestido del arca que había a los pies de su cama y vistió a Ardhes, le lavó la cara y le recogió el pelo en un artístico moño sobre la nuca. Luego se dirigieron hacia los aposentos de la soberana, momento que Candula aprovechó para recomponer su propio peinado en la medida de lo posible.

Los aposentos de la reina de Awrahell habían sido organizados de modo que quedaran algo apartados del resto, en el ala norte del castillo, pero la madre de Ardhes había preferido instalarse en las estancias del centro, y había cambiado los grandes balcones y las hermosas vistas del país, que detestaba, por las salas de recepción y los

vestíbulos reales. La reina ocupaba numerosas habitaciones: dos para dormir, siete para bordar, tejer y tomar el té, cuatro para asesorarse y conversar, pese a que por lo general atendía todas las tareas de asesoramiento y las conversaciones en las salas de recepción, y tres para comer. La criada que había sido enviada a buscar a Ardhes comunicó a Candula en cuál de las habitaciones las esperaba, así que la nodriza se dirigió sin dudarle hacia uno de los dormitorios. Una criada les salió al encuentro y les abrió la puerta.

En cuanto esta se hubo cerrado a sus espaldas, la reina se dio la vuelta y exclamó:

—¡Ardhes!

La pequeña inclinó la cabeza sin hacer una reverencia porque su madre le había enseñado que no debía agacharse ante nadie y que bastaba con inclinar ligeramente la cabeza.

—Buenos días, madre.

Un destello recorrió el delgado rostro de la reina Jale, que en otro tiempo debía de ser muy parecida a la pequeña Ardhes, pues tenían la misma boca y la misma mandíbula prominente y el mismo pelo denso y sin brillo de color arenoso. Sin embargo, la reina Jale era una mujer avinagrada que odiaba más que amaba y solía estar más enfadada que feliz, lo cual se reflejaba en su mirada.

—¡Cariño, ven aquí, ven!

La reina Jale, que estaba de pie frente al espejo con una criada que la ayudaba a vestirse, hizo un gesto a Ardhes para que se acercara. La elección de su atuendo revelaba que estaba de buen humor: en lugar de los vestidos oscuros que solía llevar cuando no tenían invitados en el castillo, esa mañana se había decidido por un precioso vestido de terciopelo verde con ribetes de color rojo vivo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ardhes.

La reina Jale observó a su hija un instante pensativa, casi cariñosa.

—Cielo, un mensajero acaba de darme la mejor de las noticias: Haradon... —Tragó saliva y sonrió emocionada—. ¡Haradon ha vencido! Los bárbaros de Myrdhan han sido derrotados. ¡Y en unas semanas vendrá a visitarnos el rey de Haradon! El rey Helrodir, tu tío segundo, cielo.

Ardhes sonrió, y también su madre la reina, la cual estaba de tan buen humor que ni siquiera la criada logró encolerizarla como de costumbre cuando le abrochaba los botones.

—¿Significa eso que ahora todos los elfos de Myrdhan deben morir? —preguntó Ardhes.

—¡Cielo santo, no! —La reina Jale se miró en el espejo y se atu-só el pelo—. En Myrdhan no hay elfos. Es un reino exclusivamen-te de humanos. Myrdhan no es como los reinos insulares o de la es-tepa occidental en los que conviven humanos y tribus élficas sin que nadie sepa a quién pertenece la tierra. A lo mejor querías de-cir que no sabes lo que ganamos con la victoria haradona, ¿no es así? —dijo lanzándole a su hija una mirada de reproche—. ¡Piensa con la cabeza! La cabeza es lo mejor que tienes, ¡no lo olvides nun-ca! —Con un gesto reprobatorio apartó a la criada y se abrochó ella misma el vestido. Después se miró con escepticismo en el espejo desde todos los ángulos—. Haradon, después de vencer a Myrdhan, se ha convertido en el reino humano más poderoso del mundo, ¿no es así? Y dime, ¿quién tiene sangre haradona? ¡Yo, tu madre! Y tú, puesto que eres mi hija. Awrahell, gracias a tu tío segundo, está bajo la protección de Haradon. Si Haradon es poderoso, Awrahell también. Además —añadió la reina con un tono que obligó a Ardhes a aguzar el oído—, Haradon es un reino humano, y mi primo se siente responsable de los hombres de Awrahell, no de sus elfos. —La reina Jale le sonrió de nuevo. Mientras tanto, la criada se había arro-dillado ante sus pies para ayudarla a ponerse los zapatos—. Por cierto, ¿dónde te habías metido? Mi criada me ha dicho que no estabas con la nodriza.

Ardhes se dirigió a una de las ventanas, por las que empezaba a filtrarse la pálida luz del día, y se recostó en ella. Desde allí podían contemplarse las dos pequeñas ciudades próximas al castillo y los pueblos que se esparcían por el paisaje rocoso. Las ciudades perte-necían a los hombres, y eran muy pocos los pueblos que estaban dominados por los elfos, los cuales vivían retirados en las aldeas de las montañas.

—Estaba con papá.

La reina Jale dio un fuerte pisotón en el suelo y se volvió hacia ella.

—¿Por qué?

Al levantar la vista hacia su madre, Ardhes vio que su rostro se había endurecido.

—Tuve el extraño presentimiento de que había sucedido algo. Fue por el mensajero que trajo la noticia de la victoria. Quería preguntarle qué había sucedido, porque aún no lo sabía.

La reina observó a su hija durante un rato, sin saber si debía mostrarse indignada o divertida. Al final se decidió por una sonora carcajada y se acercó a Ardhes, que apartó los brazos de la repisa de la ventana.

—Preguntarle qué había sucedido, ¡qué cosas tienes! ¡Pero si ese bufón no tiene ni idea de nada! —La reina se detuvo cerca de ella. Era una mujer alta. Se inclinó hacia Ardhes y le cogió el rostro con las manos—. No quiero que vayas a ver a tu padre, no permitas que te llene la cabeza de pájaros, ¿entendido?

Ardhes asintió sin dejar de respirar hondo para no perder la compostura mientras la reina Jale le apretaba la cara.

—Hummm —murmuró, y la soltó—. ¿Ha intentado explicarte alguna de sus historias absurdas? ¿Te ha hablado en esa horrible lengua?

—Sí.

—¿Y tú qué has hecho?

—Como no lo he entendido, le he dicho que dejara de hablarme así.

La reina se dio la vuelta y se miró de nuevo en el espejo para recomponerse el peinado.

—No vuelvas a ir a verlo, así no tendrás que decirle que se deje de sandeces.

Ardhes se frotó las mejillas para borrar las marcas de uñas de la reina.

—Madre...

—¿Sí?

—¿Crees que él también te odia?

La reina Jale soltó una carcajada tan sonora que Ardhes se dio un verdadero susto.

—Fue un matrimonio de conveniencia, mi vida. —Dejó caer las manos y se dio la vuelta hacia ella—. El rey no nos soporta ni a ti ni a mí. Pero yo te quiero, y afortunadamente no te pareces en nada a él.

Desde que Ardhes tenía uso de razón, le habían dicho que era hija de la paz. Tardó mucho en comprender a qué se referían llamándola así: que aseguraría la paz entre los hombres y los elfos en Awrahell porque tenía sangre mestiza, y que un día reinaría sobre los dos pueblos y los uniría, del mismo modo que estos se habían unido en su ser.

Pero Ardhes sabía que su destino en la vida sería mucho más importante de lo que imaginaban para el futuro de los hombres y los elfos. Pese a los muy dispares deseos en torno a su nacimiento, ella solo llevaría a cabo los deseos de una de las partes: la de los humanos.

Desde tiempos inmemoriales, elfos y humanos, demasiado distintos para convivir en paz y demasiado iguales para caer en la indiferencia, habían luchado por las tierras y el poder. Con el paso de los siglos, los hombres habían ido ganando en prestigio, mientras que el pueblo élfico había ido quedándose a la zaga. Cuando la madre de Ardhes nació, el pueblo élfico estaba escindido en pequeños reinos, tribus y aldeas.

Awrahell era uno de los mayores reinos élficos que aún se mantenían íntegros, ya que los humanos evitaban su terreno pedregoso y escarpado, poco adecuado para la agricultura. Pero, pese a que Awrahell parecía tan insignificante como una piedra en una montaña, lo cierto es que en un momento dado los humanos amenazaron con hacerse con él.

Unas décadas atrás, los humanos se habían instalado también en las montañas, como si fuesen tierra de nadie. No tardaron en desatarse crueles guerras entre humanos y elfos por aquel territorio. Los

elfos deseaban habitar en las ciudades porque estas se encontraban en los límites de su reino, pese a haber sido construidas por humanos, que no estaban dispuestos a reconocer al rey de Awrahell porque era un elfo. El país parecía condenado a una guerra civil, y la casa real élfica acusaba ya la amenaza de la extinción.

Fue entonces cuando el rey de Awrahell tuvo una idea para preservar a su pueblo del creciente poder de los humanos. Si un rey élfico se casaba con una princesa de sangre humana, su hijo, el sucesor al trono, sería mitad hombre, mitad elfo y reinaría sobre ambos pueblos al mismo tiempo. De ese modo, Awrahell se convirtió en el primer reino que perteneció a hombres y elfos por igual.

Una princesa de Haradon, el vecino país humano, fue proclamada reina de Awrahell y dio a luz a la niña que debería asegurar la paz. Desde su nacimiento, Ardhes había sido educada para, llegado el día, desempeñar un papel decisivo en el futuro de su reino, por pequeño que fuese Awrahell.

—Pero tú no serás la reina que una a los elfos y a los humanos —solía decirle su madre por las tardes, cuando se sentaban ante la chimenea—, ¡sino la que traiga la victoria de los humanos sobre los elfos!

Los humanos eran astutos y taimados, y no era precisamente la paz en un insignificante reino élfico lo que había llevado a una princesa humana a casarse con su rey. Lo que los hombres buscaban era una guerra, en la que su enemigo sería vencido en su propio terreno.

Su madre solía hablar del destino de Ardhes y de su deber para con la humanidad.

—Un día te casarás con un hombre —solía decir la reina Jale en voz baja y penetrante—. Y cuando lo hagas, Awrahell tendrá un reino humano, y tus hijos... ¡ni siquiera recordarán que tuvieron un abuelo elfo! Así nos apoderaremos del reino, mi vida, sin derramar una gota de sangre.

La reina sonreía al decirle aquellas cosas, dando a entender que sería capaz de pasar su vida una y mil veces más en compañía de un elfo si con ello ayudaba a preservar el futuro de los suyos.

El padre de Ardhes, en cambio, apenas hablaba de todo aquel asunto, salvo en una ocasión en que reveló a su hija que conocía a los hombres que cambiarían el mundo, pero como no habló de ella, concluyó que le había mentado.

Las cuevas de las rocas

Dedicaron toda la noche a buscar a Alasar, en vano, entre las rocas, pero este no regresó hasta que se hizo de día. La pequeña Magaura había pasado miedo sin él, tenía la cara pálida como la tiza, y cuando lo vio le dio un fuerte abrazo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó un anciano con expresión preocupada—. ¿Has podido ver el pueblo?

Alasar esquivó la mirada del hombre, absorto en sus pensamientos. Magaura se aferraba a su brazo con fuerza, como si fuera a salir corriendo y dejarla allí.

—Iré a los demás pueblos —anunció de pronto—. Seguro que los haradonos también los han atacado y habrá heridos que necesitarán nuestros cuidados. De paso nos haremos con las provisiones que haya.

Como los ancianos y las embarazadas no podían caminar con rapidez, Alasar se puso en marcha con un grupo de niños. Anduvieron toda la mañana, sin descanso hasta llegar al siguiente pueblo, que yacía mudo ante ellos, como un esqueleto carbonizado. Igual que su pueblo la última vez que lo había visto.

El grupo cruzó las puertas en silencio. Entre las ruinas se elevaban columnas de humo. El suelo estaba cubierto de guerreros muertos y ciudadanos asesinados, de cadáveres de caballos y de dragones. Banderas rotas ondeaban al viento, y aquí y allá ardían los rescoldos de varios fuegos.

Alasar se quedó quieto recorriendo los destrozos con la mirada.

—Registrad las cabañas, recoged todas las provisiones y armas que encontréis y traed a los heridos.

Vacilantes, los niños empezaron a buscar entre los escombros. Alasar sacó su navaja y se dirigió a la primera casa, cuyas paredes el fuego había teñido de negro. Tropezó con una viga caída que levantó una polvareda de ceniza que le hizo toser. Como los ojos se le anegaron en lágrimas, tardó unos minutos en poder reconocer algo en la oscuridad.

Poco a poco empezó a abrirse paso por las habitaciones haciéndose con cazuelas y ollas rotas, empujando los muebles destrozados y tanteando el suelo con los pies. Al final encontró una pila de madera que milagrosamente había sobrevivido al fuego. Estiró una manta chamuscada que había debajo de una cazuela y apiló la madera encima para poder transportarla. A pesar de respirar ceniza y toser, siguió trabajando con celeridad. El sudor le dibujaba unas líneas pálidas en el rostro tiznado de hollín. Estaba tan ocupado que no oyó los débiles gemidos...

Alasar se dio la vuelta con el corazón en un puño cuando oyó las tablas del suelo crujir. Ante sí apareció un soldado haradono que respiraba aceleradamente y con dificultad, con el rostro bañado por regueros de sangre seca y los ojos con el brillo de la muerte. El haradono levantó el hacha rápidamente hacia Alasar, que, paralizado por el miedo, se preparó para recibir el impacto.

El hacha ya iba directa hacia él cuando el guerrero lanzó un gemido de dolor que le hizo tambalearse y caerse al suelo cuan largo era. El arma pasó rozándole la cabeza, antes de que Alasar recuperara la movilidad: dio un traspíe y retrocedió jadeando. El soldado yacía boca abajo con una enorme estaca de madera clavada en la espalda, intentando por todos los medios hacerse con el hacha.

—¿Estás bien? —preguntó una voz temblorosa.

Un niño de su pueblo se hallaba de pie frente a él.

Antes de que Alasar pudiese responderle, el haradono logró hacerse con el hacha y darse la vuelta, pero este alzó a tiempo su navaja para clavársela en el cuello hasta la empuñadura. El guerrero

soltó el arma cuando empezó a tener espasmos de dolor, hasta que cayó muerto.

Alasar se quedó petrificado mirando el rostro de aquel hombre.

—Gracias por salvarme la vida —murmuró como ausente antes siquiera de poder mirar al chico. Era dos o tres años más joven que él y se llamaba Rahjel.

Una sonrisa indecisa iluminó el rostro del chico, que pasó junto al muerto con cuidado y se acercó a Alasar. Se miraron confusos, al tiempo que aliviados y horrorizados.

Sacaron a rastras las maderas de la casa en silencio, sin decir una palabra más sobre el guerrero haradono, pero Alasar sabía que nunca olvidaría lo sucedido, ni la sangre que ya iba secándose en la cuchilla de su navaja y mucho menos al joven Rahjel, a quien le debía la vida.

Los niños inspeccionaron otros tres pueblos vecinos y poco a poco fueron acostumbrándose a los gemidos de los moribundos, a las quejas de los heridos y a los estragos de la guerra. Rastrearon entre los escombros de manera mecánica, y cuando regresaron a casa al anochecer, cada uno de ellos arrastraba grandes lonas o mantas cargadas de madera, provisiones, pieles y armas. Tuvieron que remolcar incluso a los numerosos niños que encontraron escondidos en los pueblos hasta llegar a las grutas de las rocas. Sin mediar palabra, alzaban sus bártulos y seguían a Alasar.

De los veinte niños que salieron regresaron sesenta. Cuando al fin llegaron a su cueva, los que se habían quedado les habían preparado una sopa de avena que tuvieron que compartir con los recién llegados. El dormitorio se dispuso en una gran galería en la que los heridos pudieron descansar. Tuvieron que encender más antorchas, y al poco tiempo las cuevas se llenaron de humo.

Alasar recorrió las grutas de su escondite, observó a los heridos, de los que se ocupaban las embarazadas y los ancianos, y comprendió que la mayoría de ellos no sobrevivirían. Algunos murieron esa misma noche. A la mañana siguiente, los niños cavaron varias tum-

bas, porque la madera era demasiado escasa para desperdiciarla en ceremonias de incineración. Tampoco obsequiaron a los muertos con figuritas de madera o juguetes para que se los llevaran en su viaje al otro mundo, como solía hacerse con los más pequeños, porque ninguno de los vivos estaba dispuesto a desprenderse de sus escasas posesiones, lo único que les quedaba de su pasado.

Durante los días siguientes, Alasar y sus seguidores continuaron inspeccionando los pueblos vecinos, los cuales habían sido todos arrasados por los haradonos, hasta el punto de que Alasar empezó a creer que en toda Myrdhan no quedaría un solo pueblo a salvo. Trató de calcular cuántos niños se habrían quedado sin hogar, sin duda más de un millar, pues cada jornada en que había recorrido nuevos pueblos se le habían sumado entre una veintena y una cincuenta de niños más.

Las grutas no tardaron en llenarse, de modo que Alasar se vio obligado a buscar nuevos recovecos entre las rocas. Por las noches, cuando todos dormían, Alasar se levantaba y se perdía en la oscuridad, acompañado de una antorcha y una cuerda para no olvidar el camino de vuelta. En la tranquilidad de la noche estudiaba las zonas que podían habitarse y los lugares en los que las galerías podrían ampliarse.

Una noche, Magaura, que dormía muy pegada a él, se despertó antes de que saliera a realizar uno de sus reconocimientos.

—¡No te vayas! —le susurró, apartándose los rizos de la cara y cogiéndole la pierna—. ¿Adónde vas?

—A las grutas.

Magaura entrelazó sus dedos con los de él con fuerza decidida a no dejarlo marchar. Aunque Alasar hubiese querido introducirse en pleno campamento haradono, le habría seguido igual. De modo que se adentraron juntos en la oscuridad, admirando las inexploradas y magníficas grutas llenas de esculturas de cristal y de estanques lisos como espejos a los que el hombre jamás había accedido. Oyeron gemir el viento entre las cavidades de las rocas como si se que-

jara de su soledad, y se toparon con inquietantes sombras que se ocultaban en los rincones. La imagen de aquel espectáculo tan imponente les produjo al mismo tiempo miedo y alegría, y se cogieron con fuerza de la mano para asegurarse de que ambos sentían lo mismo. Tiempo después, Alasar recordaría ese momento como el más hermoso de su vida.

Una mañana, cuando despertó, Alasar intuyó que algo había cambiado. Tras apartar con sumo cuidado el brazo de Magaura se incorporó no sin antes echar un vistazo a su alrededor. Los niños dormían sobre pieles dispuestas en el suelo y en los surcos entre las rocas, impregnados de ese olor a moho imposible de eliminar y del humo de las antorchas consumidas. Aparentemente todo parecía normal.

Alasar se levantó, se calzó las botas y se colgó el jubón a la espalda. Se deslizó entre las luces y las sombras de las antorchas hasta alcanzar un punto de la roca desde el que se podía trepar fácilmente. El cielo de la mañana le sonrió del otro lado.

Alasar se coló por la grieta y salió a la cima del peñasco, que se elevaba considerablemente por encima de una colina de hierba. La escarcha cubría la tierra. Aspiró el aire fresco y límpido, y de pronto comprendió lo que había notado al despertar: el olor a nieve.

Respirando con dificultad, Alasar se dio la vuelta y descubrió a Rahjel de pie sobre las rocas de más allá.

—¡Rahjel!

El chico sonrió a Alasar en cuanto lo reconoció. Enseguida se dirigió hacia él, pues en las últimas semanas se habían hecho muy amigos. A Alasar le gustaba aquel niño silencioso y discreto en cuyos ojos se intuía un gran corazón.

—¿Qué haces aquí arriba? —Alasar se puso de cara al viento—. Va a nevar.

Rahjel asintió, mientras el viento jugueteaba con su pelo castaño y este se lo apartaba del rostro.

—Sí, ya lo sé. Mi madre siempre decía que notaba la nieve en los huesos. Creo que ahora yo también la noto.

—Yo la huelo. —Alasar olfateó el aire de nuevo y Rahjel se rió.

—Cuando olisqueas así pareces un lobo estepario, ¿te lo habían dicho alguna vez?

—¡Quizá también muerda como ellos!

Alasar se precipitó hacia Rahjel, y este dio un paso atrás sin dejar de reír.

—¿Quieres apostar? Tu nariz contra mis huesos.

Alasar frunció el ceño.

—Vale, apuesto a que nevará hoy al mediodía.

Rahjel sacudió la cabeza.

—Vas demasiado rápido, Alasar. ¿Dónde está tu paciencia? La nieve y las nubes siguen su ritmo natural. Yo digo que nevará esta noche y que hasta mañana no estará todo blanco.

Se estrecharon la mano ceremoniosamente.

—¿Y qué apostamos? —preguntó Rahjel—. ¿Nuestra ración de comida de esta noche? Algunos de los chicos han organizado una batida. Creo que hoy habrá conejo, y uno de los dos podrá disfrutar el doble. ¿Te parece bien?

El rostro de Alasar estaba petrificado.

—¿Quién ha organizado una batida? ¡Pero si aún tenemos suficientes provisiones, y los haradonos están por todas partes!

Rahjel sonrió turbado.

—Tienes razón, pero si te digo quién ha sido te enfadarás con ellos, y sé que no pretendían hacer nada malo, al menos no a propósito...

Alasar reflexionó sobre las palabras de Rahjel mientras dejaba vagar su mirada por el paisaje.

—Está bien —dijo, haciendo un esfuerzo por serenarse—. Me apuesto la cena.

Aquella tarde Alasar trepó hasta la roca más alta de la galería.

—¡Escuchadme todos!

Su voz resonó entre las piedras, y el alto techo le devolvió sus palabras redobladas en fuerza e intensidad. Los niños se reunieron con curiosidad a su alrededor.

—Es peligroso abandonar el refugio. Podríamos toparnos con haradonos. A partir de este momento tendréis que pedirme permiso antes de salir al exterior. Todo aquel que se salte las normas pasará un día sin comer. ¡Quien lo haga más de una vez se convertirá en una amenaza para el resto y será desterrado!

Los niños empezaron a hablar acaloradamente y a quejarse, mientras Alasar descendía de la roca. Cuando alcanzó el suelo, un anciano lo cogió del brazo y él se inclinó para escucharlo.

—¿No te parece que eres demasiado estricto? —dijo el viejo.

La mirada del hombre trató de encontrar una respuesta en los ojos de Alasar, pero solo halló un fanatismo ciego.

—¡Intenta subir a aquella roca para alzar tu voz sobre la mía, si tus huesos te lo permiten! —le respondió Alasar iracundo, zafándose de él.

El anciano lo miró perplejo.

Rahjel tenía razón. Al anochecer, poco antes de que las mujeres empezaran a repartir la comida, Alasar y él treparon de nuevo hasta la hendidura de la roca y no tuvieron que esperar demasiado hasta que empezó a nevar, al principio unos copos pequeños y húmedos, y después cada vez más fuertes, hasta que pareció que cientos de miles de plumas blancas planeaban en el cielo. Rahjel sonrió feliz.

—¿Lo ves, Alasar? Algunas cosas llevan su tiempo.

Alasar miró hacia la oscuridad sumido en sus pensamientos. Pocas veces había sido tan consciente del silencio como en aquel momento, cuando le pareció que el mundo entero se había quedado mudo.

—Hoy has impuesto una regla estricta, pero buena —dijo Rahjel de pronto—. Los demás se sienten seguros a tu lado, ¿sabes? Consigues que la gente te crea.

Alasar asintió, sumido en sus pensamientos. Su rostro cambió de expresión, y sus manos se contrajeron inconscientemente hasta cerrarse en puños.

—Dado que la gente cree en mí y que tú tienes una gran intuición para presagiar lo que sucederá, ¿sabes lo lejos que podríamos llegar los dos juntos?

Rahjel contrajo el rostro hasta dibujar en su cara una sonrisa de estupefacción.

—¿Llegar lejos? ¿A qué te referes?

Alasar volvió a mirar hacia la oscuridad, decepcionado en su fuero interno porque Rahjel no lo hubiera entendido a la primera y no tuviera deseos de venganza como él.

Desde el día que condujo a los niños hasta las grutas no había dejado de pensar en el momento de la revancha. Era lo único que le atormentaba de noche, cuando no podía dormir, y lo único que le interesaba de día, cuando creía ver sus mismos deseos de venganza reflejados en los ojos de otros.

Alasar se sintió muy solo al ver que Rahjel no comprendía aquello que daba sentido a su ser más profundo, y fue consciente por primera vez de que no podía confiar en nadie. Mientras las cosas siguieran así, tendría que ser él el encargado de hacer lo que había que hacer.

El rey de Haradon

—¡Ardhes!

Candula trepó por las rocas jadeando.

—¡Ardhes!

Ardhes se incorporó y se dio la vuelta. El viento fresco que soplabla hizo ondear la falda de Candula, y la anciana niñera se llevó las manos a la tela escandalizada.

—¡Cielo santo! ¡Princesa Ardhes, volved! ¡Aquí fuera os romperéis la crisma!

Ardhes, imperturbable, daba vueltas a una piedra entre sus dedos. Solía salir por la parte delantera del castillo y trepar por las rocas con la agilidad de una cabra montés, algo que no podía decirse de Candula, que más bien parecía un viejo oso gordo.

—¿Qué quieres, Candula?

Candula se apoyó con una mano en las rocas, como si tuviera miedo de que el viento fuera a hacerla volar por los aires.

—¡El rey de Haradon viene de camino al castillo! ¡Su madre está histérica porque no la ha visto en toda la mañana!

Ardhes lanzó la piedra y saltó hábilmente hacia la roca en la que se encontraba la nodriza.

—Ya sé que vienen los haradonos, los he visto desde allí arriba. Son esos, ¿los ves, Candula?

Candula entornó los ojos y miró hacia donde le indicaba Ardhes. Diminutos, casi imposibles de reconocer, el rey y su séquito avanzaban sobre un puente de piedra.

—¿Y os quedáis tan tranquila observando cómo se acercan? —exclamó Candula mostrando toda la indignación de que fue capaz—. ¡Dentro de una hora habrán llegado aquí! ¡Van a caballo y dragón!

Ardhes pasó junto a Candula resoplando.

—Está bien, vámonos ya.

Instantes después, Candula apartó la mirada del ejército que se acercaba y siguió a su señora con pasos cortos y vacilantes. Llegaron a las puertas del castillo, pasaron bajo la reja levadiza y cruzaron el patio. Allí el fervor era generalizado: los soldados se recomponían los uniformes, los mozos de cuadra almohazaban los caballos y las criadas barrían hasta la última brizna de paja del suelo.

Candula, repentinamente contagiada de todo aquel ajetreo, tomó a Ardhes de la mano y la condujo a sus aposentos. Sobre su cama había un vestido de color ocre con bordados dorados y forro de color verde abeto.